

ORALIDAD Y LITERALIDAD

Kurt SPANG
Universidad de Navarra

En el momento en el que parece volverse realidad el augurio de Marshall McLuhan profetizando el nacimiento de un “global village”, un pueblo universal en el que se recuperaría la oralidad originaria; es decir, en un momento en el que la escritura y la literalidad se convierten, por así decir, en especies en vías de extinción, la literalidad y su relación con la oralidad parecen despertar un inusitado interés. Es llamativa la cantidad de publicaciones recientes (Gauger, 1970; Ong, 1982, Lledó, 1991; etc.) que analizan y comentan la naturaleza y el peso específico cultural de la escritura, sobre todo en relación con la configuración de lo que solemos llamar la modernidad.

Comúnmente y quizá por comodidad, se considera la fecha y el hecho del descubrimiento de América como inicio de una nueva era en la historia del hombre. Sin embargo, la hazaña de Colón no es nada más que la punta del iceberg que sobresale, por más espectacular, de una serie considerable de otros descubrimientos científicos y tecnológicos que hacen posible y hasta empujan hacia una nueva concepción del hombre y de la realidad a la que aplicamos la etiqueta de modernidad.

Uno de ellos, y no el menos relevante, es el invento de la imprenta que se convertirá muy pronto en el agente culturizador más potente e inaugura la ruptura definitiva con la oralidad y en el umbral de una nueva fase de literalidad, que si no es radicalmente distinta, sí posee unas características y unas posibilidades antes desconocidas que –casi imperceptiblemente pero con un empuje irresistible– desencadenará unos profundos cambios en la manera de ser y de pensar de la humanidad. Es el paso de una literalidad manuscrita, limitada y minoritaria a una literalidad impresa, divulgadora y democratizante. De esta segunda fase quiero hablar muy someramente sondeando algunos aspectos de nuestra cultura afectados por ella. Son entre otros: la forma de pensar e investigar, la comunicación, el lenguaje y la literatura.

Pensamiento, investigación y comunicación

Con la literalidad nace el concepto de texto y textualidad como forma de

pensar y crear oponiéndose al saber acumulado memorísticamente en la cultura oral. Ello significa, en primer lugar, la disgregación entre el pensamiento y su expresión y, simultáneamente, el paso de la transmisión oral y directa del pensamiento a la visual, escrita y diferida. A partir de ahora, el pensador deja de elaborar sus raciocinios para el uso inmediato, para la presentación “peripatética” y dialógica, que todavía se imita en los diálogos platónicos que constituyen la primera muestra de la transición de lo oral a lo escrito, conservando precisamente la forma de la oralidad para presentarla de modo literal.

Hay que imaginarse que el pensar en común presupone una situación concreta en la que están reunidos los que piensan; la presencia implica que todos conocen los presupuestos, los raciocinios, los referentes inmediatos y remotos, significa que todos pueden intervenir preguntando, discutiendo y aportando lo suyo al tema discutido. Todo ello no se presenta en el pensamiento solitario. Es un pensar en el vacío, se desconocen los receptores y los presupuestos de los receptores que no pueden intervenir directamente. Se pasa del diálogo al tratado o al ensayo. Sin embargo, lo que pierde de viveza y de intercambio fecundo lo gana quizá en profundización y maduración; sobre todo, a partir de la introducción de la imprenta, gana un aspecto de mucho peso: la posibilidad de difusión incomparablemente mayor que la que poseía un manuscrito.

La posibilidad de almacenar datos por escrito descarga la memoria posibilitando de este modo la búsqueda de nuevas ideas y las combinatorias más atrevidas, favoreciendo así el progresar de la investigación sistemática. Pero también tiene sus desventajas en el sentido de que el hecho de poder olvidarse de muchos datos debilita nuestras capacidades memorísticas. Nos estamos olvidando del pasado, nos volvemos desarraigados y superficiales. Sin embargo, no hay que olvidar que la imprenta permite también una masiva difusión de saberes en forma de libro que reciben el poético nombre de “thesaurus”. Con la imprenta empieza también el florecimiento de los diccionarios y enciclopedias. Y el almacenamiento de los saberes enciclopédicos constituía realmente un lastre inútil para la memoria dificultando e impidiendo la adquisición, el manejo y la combinación de datos vivos que hicieran avanzar el saber de la humanidad.

Lo malo es que caemos siempre en los extremos: en vez de mantener vivas las facultades de la memoria imprescindibles para cualquier raciocinio –para todo necesitamos datos– permitimos que se anquilese y nos convertimos como en sofisticadas máquinas desprovistas de materiales de elaboración.

La comunicación escrita y la subjetividad

Si en la cultura oral la situación comunicativa normal era la presencia de por lo menos dos y casi siempre de más personas, la separación de emisor y receptor en la cultura literal, la distancia espacio-temporal entre ambos, posibilita e

intensifica también el cultivo de la individualidad y subjetividad, fomenta el afán de originalidad cuya eclosión fervorosa se situará en el siglo XVIII formando un fuerte contraste con el tradicionalismo, el apego a los convencionalismos y el sentimiento de colectividad tan característicos de la cultura oral.

El hombre oral tenía que guardar los saberes, no podía separarse de ellos porque le eran imprescindibles y además inalienables, una vez memorizados; es natural que por necesidad se volviera conservador y sólo difícilmente se deshacía de recuerdos que se habían vuelto irrelevantes. Como el saber memorizado era el saber de todos, el saber de la comunidad, no había mucho espacio para la individualización que sólo era posible al ofrecerse la posibilidad de confiar el almacenamiento de datos a unos soportes ajenos. La consciencia de la subjetividad resulta estrechamente vinculada a la posibilidad “material” de poder desplegarla.

La innovación de los modos comunicativos que introduce ahora, al lado de la comunicación directa e inmeditada, auditiva y agonal, una nueva rama de comunicación indirecta, artificial, mediatizada y diferida, significa un cambio sustancial de la naturaleza de la comunicación. Y ello tanto desde el punto de vista de la emisión, es decir, de la producción de textos, como del otro lado, de la recepción. Una situación intermedia curiosa la ocupa la retórica clásica que se entiende como enseñanza escrita de un arte oral basada en el diálogo y la polémica, el arte agonal por excelencia. A partir de la literalidad impresa será habitual idear el mensaje con sosiego y detenimiento, incluso conservarlo; será posible realizar la recepción desde luego, en fechas distintas de la emisión, en fragmentos, en el momento que parezca más oportuno y más adecuado.

La literalidad, la reflexión y la creación

Hay que partir del presupuesto que para el hombre oral la palabra es sonido, es envolvente, medular y vital como todo lo auditivo. El oído es el sentido más originariamente e inmediatamente vivencial dado que durante épocas primitivas, y en gran medida todavía hoy, era el sentido que avisa y alerta de los peligros. Es obvio que la palabra oída debe producir una impresión existencialmente mucho más impactante que la palabra leída. La mediatización del mensaje materializa el lenguaje en el sentido de que cosifica la palabra, la palabra deja de ser sonido que tiene su referente inmediato en el discurso directo, para convertirse en objeto y vehículo libremente manejable de conceptos. Ahora bien, la pérdida de la inmediatez y el distanciamiento entre el hombre y sus actividades intelectuales y creativas generan también una actitud distanciada y reflexiva que fomenta la capacidad de abstracción y la sistematización, y naturalmente, también la libertad inventiva y ficcionalizadora; un desprendimiento de los lazos de la mimesis directa y de la historia real como inspiradora literaria.

La literalidad y la literatura

El cambio de la creación literaria oral a la literal y las múltiples vacilaciones entre una concepción y otra se manifiestan en numerosos documentos que testimonian la transición de los hábitos orales a los literales. Es también en este sentido que la imprenta constituye un eje entre la literatura oral y la escrita. Muchos textos revelan todavía la forma híbrida de apego a las formas orales, por un lado, y la incipiente influencia de los hábitos literales, por otro. Así se dan casos de la presentación oral de algo escrito o, al revés, de la “oralización” de lo que se fija literalmente.

No tenemos tiempo para ver con detalle las múltiples repercusiones del cambio en los diversos textos. Baste una rápida ojeada a algunos aspectos sobresalientes.

Situación interlocutiva y configuración del texto

Aparte de crear una situación interlocutiva de contacto directo con un público colectivo, el aspecto más palpable de la oralidad respecto de la configuración de la obra literaria es la manera de plasmar la totalidad y su final provisional y abierto, siempre susceptible de ampliaciones. El texto oral es por naturaleza episódico acumulando aventuras, viajes, batallas que hacen que los diversos segmentos guarden cierta independencia teniendo la mayoría de las veces al protagonista como único lazo unificador. Basta pensar en las grandes epopeyas para reconocer este tipo de estructuración. No es raro que abunden también las figuras, por así decir, planas, es decir, con comportamientos predecibles y escasos rasgos de caracterización. Desde el punto de vista del lenguaje, se observan las formulaciones redundantes y reiterativas, la parataxis. Es curioso observar como las primeras narraciones de relieve del Renacimiento español guardan analogías con los procedimientos orales mencionados: la estructura episódica de las aventuras de los libros de caballerías; las aventuras de los pícaros en las que los Lazarillos, Guzmanes, Buscones mantienen la unidad narrativa. Vemos también como, a pesar de la similitud externa, van perfilándose con poderosa originalidad en la picaresca y ante todo en *El Quijote* las características de la literalidad: primero, en la individualizada relación entre autor y lector, luego en la interiorización y particularización del conflicto con su final definitivo. Las figuras se vuelven cada vez más “redondas”, más impredecibles en su comportamiento, poseen una psicología que las aleja notablemente de los Amadises y más aún de los héroes de la narrativa oral. El autor narrativo ya no pretende ser transmisor de los valores culturales universales para convertirse en observador individualizado de un sector de la realidad.

Ello no impide que en muchos textos se cultive una especie de oralidad secundaria, es decir, que se intente crear la impresión de oralidad a través de lo escrito o mediante las formas de presentación, como ocurre, por lógica, en el teatro, dado que desde sus inicios escritos intenta aplicar estructuras orales a sus textos. Por su naturaleza hablada, el discurso dramático debería ser el discurso oral por antonomasia. Ahora bien, el mismo hecho de ser escrito previamente, luego la versificación, casi imprescindible en el teatro medieval y renacentista, aportan aspectos que si no son totalmente literales por lo menos constituyen un elemento de alienación del lenguaje; las réplicas del drama no dejan de ser expresión de una oralidad secundaria, un simulacro de conversación real y la representación teatral se puede considerar un ejercicio de “re-oralización”.

Un fenómeno muy parecido, más artificial aún, se presenta en los diálogos de la obra narrativa que, por cierto, abundan en los romances y las novelas de la primera hora. Más artificiales resultan porque dependen totalmente de la mano del narrador quien maneja a sus figuras como si fuesen títeres, es decir, les deja hablar cuando él quiere, su oralidad es doblemente secundaria. Dice al lector cuando hablan lo que sobre naturalmente en un diálogo real y vivo, porque nos damos cuenta sin ayuda ajena si alguien habla. Curiosamente, el propio autor procura, mientras tanto, insinuarse al lector con fórmulas orales, como los frecuentes apóstrofes al “querido lector”, como si tuviera que asegurarse de la presencia comunicativa directa del lector.

La lírica se aleja quizá un tanto de la problemática de la oralidad, puesto que desde sus albores la cercanía con la música ha sido muy notable. Este hecho no la separa de la oralidad como es obvio, no están reñidas la música y la transmisión verbal oral, más bien al contrario, nacen juntas. Ahora bien, el canto condiciona la oralidad. Se conserva la situación interlocutiva, los estribillos y los procedimientos reiterativos se observan también en la música, existen estructuras muy semejantes al diálogo en ciertas formas musicales, baste recordar las muwaxahasas. El poema no cantado, sobre todo a partir del Romanticismo, ha ido buscando sus formas de expresión muy a menudo bajo el signo de la rebeldía contra la literalidad, representante para muchos poetas de la servidumbre de la convención. Octavio Paz habla de ese deseo de libertad relevando sobre la marcha otra de las servidumbres de la literatura impresa que para él impone hasta una visión del mundo muy específica. Al tratar del caligrama y de la liberación de la linealidad que implica, puntualiza: “El poema cesa de ser una sucesión lineal y escapa así a la tiranía tipográfica que nos impone una visión longitudinal del mundo, como si las imágenes y las cosas se presentasen unas detrás de otras y no, según realmente ocurre, en momentos simultáneos y en diferentes zonas de un mismo espacio en diferentes espacios.” (O. Paz, 1956, 271)

Hoy parece como si la cultura occidental en toda su extensión estuviese debatiéndose ante la tiranía de la tipografía, de la literalidad, buscando otras salidas de expresión, comunicación y creación. ¿Será un camino acertado?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- GAUGER, H.M., (1970) *Wort und Sprache. Sprachwissenschaftliche Grundfragen*, Tübingen: Niemeyer
- LLEDO, E., (1991) *El silencio de la escritura*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales
- ONG, W.J., (1982), *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, London/New York: Routledge
- PAZ, O., (1956), "Los signos en rotación", *El arco y la lira*, México: FCE